



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—Niñas y Flores (poesía), por don Antonio Arnao.—Maria Tudor, reina de Inglaterra (continuacion).—Julia (Historia de unos amores), por don Pablo Ortega Rey.—Variedades: Vocabulario del Amor (continuacion).—Modas.—Advertencia.

INSTRUCCION.

Un pensamiento de La Bruyere.

La Bruyere, en su magnífico libro de los CARACTERES, dedica algunas páginas á hablar de ese sexo tan encomiado y combatido; y aunque no oculta sus defectos, se complace en demostrar sus bellas cualidades, en hacer resaltar sus virtudes, y hasta no vacila en declararse su entusiasta admirador.

En uno de sus elocuentísimos párrafos, dice, que «Una hermosa mujer, que tiene las cualidades de un hombre honrado, es lo mas delicioso del mundo: se encuentra en ella todo el mérito de ambos sexos.»

En efecto, en este brillantísimo período, se encierra una enseñanza sublime, que nos permitiremos explicar, ó interpretar, á nuestras jóvenes lectoras.

Grande es el ascendiente que ejerce la belleza, es un verdadero poderío que domina; pero si reflexionamos sobre su imperio, si vemos que á la hermosura no acompañan otras cualidades, aquel poder será efímero, y cuando mas, contemplaremos en aquel ser una bella estatua.

Pero si aquella hermosa está adornada con una regular instruccion, si posee las bondades inherentes á su sexo, no habrá quien deje de repetir las palabras de La Bruyere.

La instruccion y la bondad, no solo realizan la mayor belleza, sino que bastan por sí solas para dar cierta hermosura interesante. Mirabeau, que pasaba en su tiempo por el hombre mas feo de la Francia, dice la historia que se hacia sublime, se revestia de cierta hermosura, siquiera fuese terrible, cuando ostentaba en la tribuna con todo el fuego de su alma, y la poesia de sus sentimientos, las magníficas inspiraciones de su mente. Y aun hay mas; hasta en sus amores fué afortunado, triunfando de rivales hermosos, y apasionando hasta el punto de hacer olvidar sus deberes, á una hermosa y aristocrática jóven, que le siguió despues de abandonar á su esposo.

La instruccion que necesita poseer la mujer, no solamente la sirve para aumentar sus encantos, sino para asegurar su virtud. Quien conoce la importancia de sus deberes, lo que vale el bien y el mal, no puede vacilar en la eleccion.

Siempre es grata la conversacion con la mujer, si su trato es lisonjero, y ¿qué atractivos no tiene el de aquella que á su belleza y bondad reúne esa instruccion, que siendo in-

dispensable en el hombre, la creemos necesaria en la mujer?

Y no es ella sola quien gana en poseerla: gana la sociedad, porque es grande el ascendiente que ellas ejercen, y porque ningún hombre osaría poner en evidencia una instrucción menor.

No abogamos porque esta sea escolástica y se convierta en dónes á las mujeres: todo menos en eso; pero entre este extremo y el de que solo sepan coser y bordar, leer mal y escribir peor, hay una notable diferencia.

Ya hemos manifestado diferentes veces la instrucción que deseamos tenga la mujer; y poseyéndola, bien puede considerarse como la *cosa mas deliciosa del mundo*, segun la frase del escritor francés, cuya explicación solo hemos podido insinuar; pues necesitaríamos llenar muchas páginas para desenvolverla.

A. Pirala.

LITERATURA.

NIÑAS Y FLORES.

Las niñas en cuyos ojos
que copian fè sin mancilla,
la llama celeste brilla
de la primera ilusión;
las que los dulces enojos
de su corazón amante
publican en el semblante,
no son niñas, flores son.

Las flores que junto al lago
derraman puros olores,
y el cáliz de sus primores
solo despliegan allí;
las que temen el halago
del hombre que les suspira,
para el alma que las mira
no son flores; niñas, sí.

Aquellas de sueños viven;
de imágenes de consuelo
que Dios desde el alto cielo
les brinda para su bien:

éstas su vida reciben
al rayar el claro día,
del aroma y la ambrosia
que en ellas vierte el edén.

Bajo un cielo de bonanza
que no empaña nube alguna,
respiran en su fortuna
la inocencia y el amor;
gérmen que de la esperanza
el fuego eterno alimenta,
y lejos del alma ahuyenta
la amargura y el dolor.

Las doncellas bulliciosas,
como claveles galanas,
preguntan por sus hermanas
llenas de cándido afán:
«¿En dónde están las hermosas
que á los ojos no se ofrecen?
»Las que tanto nos parecen
»¿dónde moran, dónde están?»

Y desde el vergel ameno
dó están su beso esperando,
contestan al sople blando
con que las columpia abril:

«No venís? En nuestro seno
que forma un cáliz de oro
nos guardamos un tesoro
de perfume y gracias mil.»

Para unir á ellas sus galas
bajan las niñas al valle,
y una y otra verde calle
cruzan llenas de placer:
presto flores y zagalas
se unen en confusos giros,
como suelen dos suspiros
un solo suspiro hacer.

Ornando seno y guedejas
de las tiernas campesinas
las flores mas peregrinas
lozanas se ostentan ya:
de las gentiles parejas
que forman niñas y flores
¿quién describe los primores?
¿qué pincel los pintará?

—Con la pureza que os viste
cual manto de niveo armiño,
con vuestro tierno cariño
derramais vida y amor.

para consolar al triste,
frís que raya en el cielo,
venís á un mundo de duelo,
casta niña, fresca flor.

Oh! ¡Derramad misteriosas
vuestro amor, vuestra ambrosia!
¡Sembrad en el alma mia
el gérmen de vuestra fé!
Así por senda de rosas
haré en el mundo camino.
¡Cantando iré á mi destino!
¡Puro y feliz moriré!

ANTONIO ARNAO.

HISTORIA.

MARIA TUDOR.—Continuacion.

Por fin el 13 de Febrero, *compadecido* el Rey de la desgraciada prisionera la sentenció á muerte.

Antes de salir de su prision, escribió su última despedida á María y á Reginaldo.

Después impasible y serena se encaminó á la plataforma de la torre, donde debia tener lugar la ejecucion.

Pero á la vista del tajo fatal, se apoderó de ella tal sentimiento de terror y espanto hácia aquel género de muerte, que parándose de pronto se negó á avanzar un paso mas.

—Soy, dijo á los verdugos, la última descendiente de la familia real de Plantagenet. Os rehuso mi cabeza: si la quereis, venid á buscarla!

Y á estas palabras siguió una escena repugnante y horrible... Lucha impotente de parte de la víctima; encarnizada por la de los verdugos. Mas de una hora se prolongó!

La desventurada Margarita, exánime, rendida, sucumbió al fin.

Los pormenores espantosos de tan cruel escena fueron referidos á María aquella misma noche.

La princesa los oyó, pálida, convulsa de horror, con los cabellos erizados de espanto, y la mirada estraviada y fija.

Dolorosas y terribles convulsiones la acometieron después, y fueron el principio de los padecimientos nerviosos de que no se veía libre jamás. La sonrisa desapareció para siempre de sus labios, y sus facciones contrajeron esa espresion tan austera y tan triste, que se nota en los retratos que exis-

ten de esta reina, y que no pocas veces me he detenido á contemplar en el que posee el Real Museo de Madrid. Nuestras lectoras lo habrán visto tambien: está colocado en la sala de la Escuela flamenca, á la izquierda de la puerta, y debió ser remitido á España al tratarse del enlace de María con Felipe II.

III.

El estado de Enrique VIII se agravaba de día en día.

Los médicos no daban ya ninguna esperanza.

Catalina Parr prevaleiéndose de la benéfica influencia, que merced á su dulzura y su talento ejercia en el ánimo del Rey, logró reconciliarle con las princesas sus hijas, y hacerlas reintegrar en su rango y sus derechos.

En los últimos momentos llamó su padre á la princesa María.

A la entrada de la régia cámara la esperaba Catalina.

Reinaban en aquellos suntuosos salones un silencio profundo, y una semi-oscuridad misteriosa.

María entró pálida y grave.

La reina la tomó de la mano, y la condujo cerca del lecho del moribundo Rey.

Arrodillóse la princesa y tomó respetuosamente su mano casi helada.

Enrique abrió entonces los ojos.

—«María, la dijo, voy á morir y he querido darte mi último adios. Eduardo va á sucederme: prométeme protegerle como á un niño, amarle como á hermano, y respetarle como á Rey!»

—Señor, os lo juro! respondió la princesa con voz ahogada.

Algunas horas después un rumor extraño y sorondo cundia por el Palacio Real, estendiéndose hasta la plaza, que llenaba una inmensa multitud.

Enrique VIII acababa de espirar.

Un Heraldó abrió entonces uno de los balcones del régio alcázar, gritando por tres veces:

—Larga vida al rey Eduardo!

IV.

Eduardo VI no tenia mas que nueve años cuando subió al trono. Sus consejeros reinaron en su nombre, y los hermanos y parientes de su madre se apoderaron del gobierno.

El duque de Sommerset, su tío, obtuvo el cargo de primer Ministro, y el hermano de éste el de Almirante.

Ya hemos visto el trágico fin del que poco tiem-

po despues se llamó esposo de la noble Catalina Parr.

Eduardo firmó su sentencia de muerte, y á ésta siguieron otras muchas.

Los nuevos Ministros se propusieron extirpar del reino la religion católica, y apelaron para conseguirlo á las violencias y horrores que hacen tan odiosa la memoria de Enrique VIII.

Intímase á la princesa María la órden de abjurar su religion, y la de suprimir la misa que todas las mañanas hacia celebrar en su oratorio.

Su contestacion fué aun mas enérgica que la que habia dado á su padre en un caso análogo. Respondió que solo el respeto que le debia pudo obligarla á tolerar que su hermana hubiese sido instruida en la secta protestante, pero que ella no reconocia por verdadera otra religion que la revelada por Jesucristo, y trasmitida de generacion en generacion durante quince siglos, vencedora siempre, á pesar de las persecuciones de sus enemigos.

Esto era precisamente lo que deseaban los Ministros, para quienes la presencia de María era un obstáculo en sus proyectos de ambicion y de dominio.

Su desobediencia sirvió de pretexto para alejarla de la corte.

A la mañana siguiente recibió de nuevo la órden de su degradacion.

Los encargados de comunicársela llevaban tambien la de despojarla de todos los ornamentos y atributos que poseia en su capilla para el culto. Las puertas fueron arrancadas, el altar destruido, y las imágenes hechas pedazos.

Desde aquel día la princesa solo pudo oír misa en su propia cámara. Su virtuoso capellan la decia todas las mañanas, y por mas que procurasen tomar todas las precauciones de seguridad, no por eso desconocia el riesgo.

Un día cuando estaba celebrando, se oyó un rumor de voces, armas, gritos é imprecaciones.

María palideció; las palabras que llegaron hasta ella la llenaron de sorpresa y de cólera.

Varios soldados abriéndose paso á través de su servidumbre consternada, penetraron hasta su habitacion.

La princesa se puso en pié.

—¿Qué venís á hacer aquí miserables? les dijo con voz firme y continente severo. Es este el modo de presentaros ante una princesa de sangre real, ante la hermana de vuestro Rey?

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

JULIA.

HISTORIA DE VINOS AMORES.

(Continuacion.)

VII.

Han sonado las cuatro y los músicos vuelven á ocupar sus puestos.

Los disfrazados y sin disfrazar que se han aprovechado de la hora de descanso para llenar sus estómagos en las habitaciones del café y del ámbigú, pueblan otra vez los ámbitos del gran salon: los que se habian retirado á los negros rincones del Paraíso, y los que se habian ocultado entre los crujientes cortinajes de los palcos, descenden de sus alturas para tomar nuevamente parte en el bullicio general. Unos y otros vienen contentos, llenos de animacion y de vida, pero todos con el rostro pálido, todos con el sello en la frente del insomnio, de la orgía y del placer.

Si las paredes de un salon donde tiene efecto un baile público de máscaras hablasen, si fuera posible registrar en un libro todas las palabras, todas las acciones, todos los pensamientos de los concurrentes; si la historia local, momentánea, de cada uno de los individuos que se halla dentro de las puertas del gran teatro en una noche de Carnaval, pudiera publicarse, cuánta risa escitaría la de los unos! ¡cuántas lágrimas y compasion la de los otros!

Afortunadamente los pensamientos no salen del taller en que se elaboran, las acciones pasan desapercibidas en el huracan de la confusion, y las palabras tienen que romper el espesor de dos caretas, por lo que su sonido suele perderse con frecuencia entre las cavidades de la careta superior. Mas vale así.

Una turba de jóvenes enmascaradas, á la cual seguian á algunos pasos de distancia, cuatro hombres de avanzada edad y aspecto venerable, pasó por delante del sitio donde estaban sentados Julia y Alberto. Al ver venir á sus amigas, Julia se ocultó lo mejor que pudo, y cuando ya hubieron pasado sin que la hubiesen visto, murmuró algunas palabras en el oído de Alberto y se lanzó en pos de las personas en cuya compañía habia ido al baile.

Una vez incorporada á los suyos, Julia escusó su falta diciendo que en un momento de confusion se habia extraviado, y que despues habia hecho inauditos esfuerzos para encontrarlas.—Ay! no co-

nocia bien aquella desventurada niña toda la verdad que encerraba la palabra *extravio* que acababa de pronunciar.

Sus amigas la recibieron llenas de gozo, pues no sabían ya qué pensar de una falta que tanto se prolongaba.

Al poco rato de reunidos, y obedeciendo á la órden de sus guardianes, Julia y sus amigas abandonaron el teatro.

Alberto que las seguía á corta distancia, se quedó murmurando cuando las vió salir.—Esa mujer es un ángel; no la trataré como á las demas.

VIII.

Son las doce de la mañana siguiente.

En un lujoso gabinete de una casa de la calle de la Montera, un hombre se ocupa en arreglar con el mayor esmero el lazo de su corbata. Cuando satisfecho de su obra, y despues de haber consultado repetidas veces con el espejo que tiene delante se apresta á tomar el sombrero, otro hombre aparece en la habitacion.

—Diablo! qué estirado te has puesto, chico. ¿A dónde bueno con ese aparato de príncipe?

—A misa.

Una estrepitosa carcajada llenó los ámbitos del gabinete.

—Te ries, Jorge?

—Pues no me he de reir hombre, y con toda mi alma. A misa tú, já, já, já.

—Pues no creo que tenga nada de particular.

—Oye, volviste á beber anoche despues que nos separamos?

—Sí.

—Ah! entonces lo comprendo.

—Pero no fué vino, ni rom, ni....

—Entonces no lo comprendo.

—Fué dulzura, inspiracion, amor....

—No conozco el pais que produce esos licores.

—Sériamente hablando, Alberto, antes creí que estabas borracho; ahora creo que estás loco.

—Loco. Porque tú no has escuchado el dulce sonido de su voz; porque sus palabras no han penetrado en el fondo de tu corazon; porque á tí no te ha dicho llena de pasion como á mí me lo ha repetido que me ama, y que este amor es su vida.

—Ah!... ya caigo. Sin duda la máscara de los lazos azules....

—Precisamente.

—Y esa es quien te ha inspirado esas ideas tan repentinas de religion?

—Es que no voy á misa por oír misa. Voy por

verla, por saber quién es esa mujer que ha trastornado mi juicio.

—Ya se conoce por el calor con que te espresas.—Sabes, Alberto, que cualquiera que no te conociese diría que estás enamorado?

—Y diría muy bien, Jorge.

—Cómo, qué diría muy bien? Tú enamorado? No lo creo.

—Pues puedes creerlo.

—Pero, lo dices de veras?

—De veras.

—Vaya, déjate de bromas conmigo.

—Te repito que estoy enamorado.

—Y yo que estás loco. Únicamente hallándote en ese estado es como podría ser cierto.

—No estoy loco, no.

—Pues entonces confiesa que fueron una ridícula comedia aquellos sufrimientos tan decantados, y aquellas lágrimas que quemaban tus mejillas, y aquellos juramentos de eterna venganza.—¡Y con qué maestría representabas el papel! Los Guzmánes y Valeros eran aprendices á tu lado.—Me parece que te veo aun con los pelos erizados y los ojos chispeantes.

—Te burlas?

—Qué disparate! Quién piensa en eso?—Era una noche....

—No la recuerdes.

—Déjame continuar.—Los dos estábamos en tu habitacion: tú dando por ella paseos precipitados, y oprimiendo entre tus crispados dedos los pedazos de una carta que acababas de recibir y de leer: yo sentado muellemente y al lado de la chimenea en una cómoda butaca contemplándote en silencio. Era el veterano adiestrado en las batallas, que presenciaba con la calma de la esperiencia una derrota del soldado bisoño.

—No sigas, Jorge.

—Estoy en el uso de la palabra.—¿Te acuerdas de lo que decía aquella carta?

—No; ni quiero acordarme.

—Es una lástima porque aunque lacónica estaba muy bien escrita, y sobre todo con espresion. Yo te la recordaré.—Decía así: «Hasta hoy no he conocido el error en que los dos hemos estado tanto tiempo: el de Vd. consiste en amarme; el mío en haber creído que le amaba.

»Vd. que tiene un talento claro, debía conocer que nunca sería suya una mujer que como yo ha nacido en una ilustre cuna, y que no puedo por lo tanto conformarme con la idea de vivir oscurecida si cometiese la locura de dar á Vd. mi mano.

«Quedan pues, rotas desde hoy nuestras relaciones, que por mi parte solo han sido uno de esos caprichos tan frecuentes en el sexo á que pertenezco, y sobre todo en la edad de la juventud.

»Atendiendo sin embargo á la buena amistad que entre nosotros debe reinar en lo sucesivo, queda Vd. invitado para asistir á mi enlace con el marques de B., el cual tendrá efecto dentro de ocho dias.»

Tiene un honor en repetirse de Vd. su afectísima amiga

Isabel.

—Y el sobre decia: «Al señor don Alberto...»

—Basta, por Satanás.

Y Alberto arrojó furioso contra el suelo el sombrero que tenia entre las manos, y despues se arancó en pequeños trozos los ajustados guantes que ya tenia calzados, y mesándose con furia los bien rizados cabellos, se puso á pasear precipitadamente, pronunciando las palabras «error, locura, capricho, amistad....»

—Já, já, já. Lo mismo, exactamente estabas aquella noche. Solo varía la situacion en que entonces nos alumbraba la luz de una lámpara, y ahora la del sol; en que aquella noche mataste á tu rival el marqués, y ahora no tienes á quién matar; en que entonces creí de buena fé en tu dolor, y ahora te canto aquello de «eres turco y no te creo.»

—Compadécete de mi sufrimiento!

—Magnífico! Exactamente las mismas palabras de aquella noche. Y aun te atreverás á decir que no tienes memoria.

—Jorge!

—Te incomodas? Qué desagradecido eres! Jamás he visto que se enfaden los actores con el público que les aplaude.—Vamos continúa.—«Ingrata, pérfida, horrible mujer!—Has jugado con el sentimiento mas noble y mas puro que Dios puso en el pecho de las criaturas.—Has muerto mis ilusiones, y destruido mis esperanzas, y secado mi corazon.»—Creo que no lo hago muy bien, pero chico dispensa; es difícil imitar con perfeccion, sobre todo, cuando el modelo es un actor tan consumado como tú.

—Calla, por Dios ó por Lucifer.

—Continúa en el uso de la palabra.—«Oh! yo os devolveré por cada una de las mias un millon de lágrimas, por cada minuto de martirio una eternidad de angustia. Si; juro aborreceros, triturar esa vuestra mentida virtud, llevar al fondo de vuestra

alma el veneno que mate vuestra existencia. Os entregué mi corazon y mi amor, y habeis destrozado sin compasion el primero, y os habeis villanamente burlado del segundo; pues bien, yo á mi vez destrozaré tambien el vuestro, y me reiré despues, infelices de vosotras. Yo os brindaba la paz y vosotras me ofreceis la guerra, sea; la admito gustoso, y juro que no salga ni una triunfante.

—Pero Julia es una escepcion, es buena.

—No digo yo lo contrario. Isabel tambien lo era.

—Julia es humilde, virtuosa.

—Isabel era tambien virtuosa, humilde.

—No, que su virtud era un engaño, y su humildad hipocresía.—Julia es un ángel.

—Ángel segun entendiste era tambien Isabel.

—Si, pero con el corazon fundido en los hornillos del infierno.

—Já, já, já.

—Julia me ama.

—¡Qué ingrato y olvidadizo eres! ¿No te amaba tambien la cariñosa Isabel?

—Calla, por piedad!

—Verdad es que luego dijo que se habia equivocado, pero qué demonio, una equivocacion se dispensa á cualquiera. Tambien es cierto que si rechazó tu amor, fué por admitir el de un hombre que se titulaba marqués, y que tenia caballos y carrozas; pero yo en esto veo una cosa muy natural.—Podrá suceder que andando el tiempo llegue un dia en que Julia conozca tambien su error...

—Oh! estás complaciéndote en atormentarme. Maldicion pues, sobre Julia y sobre todas, y caiga esa virtud como ya cayeron otras.

—Bien, así me gustas, Alberto.—Dáme esa mano. Veo que todavia eres digno de mi amistad.

(Se continuará.)

PABLO ORTIGA REY.

VARIETADES.

VOCABULARIO DEL AMOR.

(Continuacion.)

Arte. Coleccion de reglas para disponer los objetos de un modo agradable.—El arte del amor es el mas difícil de todos, porque tiende á vestir

con las galas de la idea la desnudez del instinto.

*El amor es un arte,
pero sus reglas
á los que amar no pueden
solo aprovechan.*

*Pues los amantes
admiran sus efectos
sin ver el arte.*

Altar. Sitio destinado á los sacrificios.—Los amantes dicen que lo tienen en el corazón porque á él van á morir sus esperanzas, pero á decir verdad nadie lo ha visto.

Atencion. Crepúsculo de alguna esperanza.—Sinfonía de una declaracion (véase *curiosidad*)

Ayer. Queja retrospectiva.—Suspiro retrógrado.—Flor que nace en el campo del desengaño y dice á las otras flores:

*Aprended flores de mí
lo que vá de ayer á hoy,
ayer maravilla fui
y hoy sombra quia no soy.*

Acomodo. Sustantivo masculino. Aspiracion de los corazones desocupados.—Frase ó charada con que el abuso ha sustituido la palabra *novio*.

Alma. Cuerpo sin luz en los amantes, puesto que todos buscan la luz en los ojos del sér que aman.

Apreciar. Verbo mercantil cuya conjugacion pertenece á las suegras.—Auptosia invisible por la cual se analiza á los amantes.

Antipatía. Sentimiento que nace del orgullo ofendido.—Agonía de alguna esperanza.—Aurora del algun desengaño.

Accidente. Combinacion nerviosa hija del arte.—Último argumento de la mujer en las lides de amor.—Caricatura del sufrimiento.—Arma cuyo golpe es seguro. Un filósofo lo ha dicho, *nunca es mas fuerte la mujer que cuando se arma de su debilidad*.

Apéndice.—Rival en prespectiva.—Consócio en proyecto.—Aguijon de los celos.—(Véase *Tercero*.)

Ausente. Véase *Ausencia* y únanse á los versos allí citados, los siguientes de un poeta del siglo XVI, gran maestro en el arte de que escribirnos.

*Quien no estuviese en presencia
no tenga fé en confianza,
que son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.*

Aspirante. Novio en boceto.—Semillero de ilusiones.—Plantilla de memoriales.—Laboratorio de esperanzas.

Aventurero. Desfaceador de ilusiones.—Tahur en los juegos del corazón.—Ave de paso en el jardín de los amores.

Ardor. (Véase *Calentura*.)

Anomalia. Corolario ilógico.—Salida inesperada.—Solucion de muchas intrigas amorosas. El adagio lo dice: *De donde menos se piensa...*

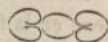
Amonestacion. Usase esta palabra en dos sentidos. Como proclama de un matrimonio y como consejo.—En el primero es el repique de una solemnidad. El despertador de una pasion. El preludio de un deseo cuya última nota se apaga en la misma bóveda que repite la primera.—En el segundo es una leccion de la esperiencia. El recuerdo de alguna de las reglas del *arte*.—En ambos casos puede parecer una ironia, porque es una mezcla de placer y dolor, porque es el punto en que se unen la alegría de la esperanza y la tristeza del recuerdo.

Anuncio. (Véase *Sintoma*.)

Aria. Soliloquio amoroso.—Monólogo cantable.—El amor como la belleza tiene tantos medios de espresion cuantas son las artes que concurren á dar forma á lo bello, y así se sirve de las palabras y los colores como de los mármoles y las notas; por eso esta pasion se puede explicar perfectamente por medio de un tratado de *Música celestial*. En este concepto tiene *árias* y *cabatinas*, y *tercelos*, y *coros* y *romanzas*, que varían segun las situaciones en que se coloca el actor. Las *árias* de los pollos son casi todas en *mi* y empiezan: *Mi bien! Mi amor! Mi paloma! Mi cielo!*—Las de las pollitas están en *si*, y suelen comenzar de este modo: *Si me amase! Si vendrá! Si habrá conocido mi amor! Si lo habrá sorprendido papá!*—Los viudos cantan en *la*, y empiezan *La perdí*, etc., etc.

(Se continuará.)

LA HIJA DE LAS FLORES.



MODAS.

Los trajes de primavera van presentando ya alguna novedad en su corte y adornos. La mayor parte de los vestidos llevan la falda montada en pliegues aplastados en la cadera, formando punta por detrás y un poco mas cortas por delante de lo que se han llevado hasta ahora. El bajo de esta falda forma un ancho abanico, mientras que en el talle queda ajustada y no hueca, suprimiéndose, para que haga este efecto, la enagua con volantes almidonados. Esta innovacion no deja de ser notable, y no nos admiraría que los vestidos de maja de nuestras madres, que por lo estrechos nos parecen ahora tan ridiculos, viniesen á reemplazar á los que hoy usamos de forma de campana, ó de tontillo, del mismo modo que las mangas angostas sucedieron á las mangas de jamon hace algunos años. Los extremos se tocan. No os asusteis por eso, amables lectoras, que las revoluciones en el imperio de la Moda no son lamentables: siempre vienen embellecidas con el lema de la novedad. Bien es verdad, que en todas las cosas el progreso vuelve su vista á la antigüedad para rejuvenecerse, porque *nada hay nuevo debajo del sol*.

Estas innovaciones no son todavía sino ensayos que no sabemos si podrán sostenerse, pero algunas modistas principian á guarnecer el bajo de la falda, en los trajes de calle, de volantes pequeños, de follados, ó de rizados á la antigua. Los paños de estos vestidos van necesariamente cortados al biés, formando nesga para que la falda quede mas angosta en la cadera.

En los cuerpos de los vestidos no se nota gran variacion: aunque algunos se hacen sin aldeta, los mas las llevan, y muy largas, cuadradas y abiertas desde el talle, como las antiguas chupas de hombre.

A esta clase de aldetas corresponden las que representa el figurín que con este número repartimos á las suscriptoras á la edicion de dos figurines. La primera figura es de una señora, sentada, con vestido de grós negro con tres volantes anchos, guarnecidos de un jareton. El cuerpo es una *basquine* ó chaqueta, alta y cerrada, guarnecida de un flequillo de felpilla: la aldeta es ancha y larga, abierta por delante, formando una punta bastante larga. El niño que lleva en la falda, lleva un ves-

tidito de muselina blanca, escotado y con hombreras estrechas, que le sirven de mangas, y van sujetas con mazorcas de coral.

La segunda figura de este grabado presenta una señora con vestido de droguet, color de avellana, con flores menuditas brochadas. Este traje, guarnecido de madroñitos de felpa, es de falda lisa, de cuerpo alto y cerrado, con una berta, que forma punta por delante y en los hombros. La manga, que es doble, también está cortada en punta. Un sombrero de grós, de labrado menudo, con adorno de blondas blancas y cintas azules, y con su velete, sirve de complemento á este traje. La manga blanca se compone de dos huecos de muselina clarín, interpolados de guarniciones de encaje.

AURORA PEREZ MIRON.

ADVERTENCIA.

Desde el mes próximo contamos con traer de París, por convenio con una de las principales casas que se dedican á este género de publicaciones, parte de nuestros grabados de Labores, cuya explicacion en castellano esta encomendada á señoritas inteligentes en este ramo de educacion. Esta mejora coloca á nuestro periódico á la altura de los mejores de su clase en el extranjero. Aumentando considerablemente el número de nuestras suscriptoras con el establecimiento de la seccion de Labores, rogamos á las señoras cuyo abono termina con este número, no retrasen el aviso de la renovacion, para poder pedir con tiempo los grabados necesarios. Las que lo hagan hasta fin de Diciembre, recibirán el grabado para bordar en cañamazo que hemos repartido como regalo á las suscriptoras por un año.



LABORES.



Las labores de manos, ocupaciones habituales de la mujer, son las mas análogas á su naturaleza, educacion y posicion social.

El hombre, al contraer estado, reservándose el cuidado de sostener y defender á la familia, abdica en la mujer el gobierno interior de la casa.

Las favorecidas de la fortuna, sin desatender la parte económica, se consagran mas especialmente á la parte de representacion. Reina la mujer en su pequeño dominio le corresponde de derecho el hacer los honores de la casa, recibir en ella, y sostener las relaciones que puedan convenir á su familia. Ella arregla los convites, dirige las invitaciones, preside los festines, sin que al marido le corresponda otro papel que el de un convidado mas.

Situacion deslumbradora á primera vista para la mujer. ¡Pero cuántas privaciones, cuánta abnegacion, cuánta violencia interior no exige, á veces, de su parte en cambio de los obsequios que recibe, si ha de desempeñarla dignamente!

En las medianas fortunas, que son las que constituyen la generalidad de las familias, la mujer como intendenta de la casa, es la encargada de la economía doméstica. La buena distribucion de los fondos para que alcancen á cubrir las necesidades de la familia, el órden interior, el cuidado de los niños, la vigilancia sobre los criados, constituyen sus obligaciones, y para llenarlas debidamente no puede ser estraña á las labores de manos, tan necesarias al aseo, á la economía, y al buen arreglo de la casa. Por otra parte, la continua ocupacion, librándola del fastidio y de la ociosidad que tan malos frutos producen en el ánimo

de la mujer, la presenta como ejemplo saludable á sus hijas y sirvientes.

Entre estas labores, el punto de aguja, merece sin duda alguna un lugar preferente. No solo conviene á todas las clases, á todas las fortunas, á todas las edades, sino que llena las necesidades de las familias mas modestas, y hasta las exigencias de la Moda. La niña pobre utiliza su tiempo haciendo calceta para sí y para sus hermanos, y la señorita elegante, que concede una atencion preferente á esta clase de labor por la perfeccion á que ha llegado en el dia, ocupa las primeras horas de la tertulia en combinar con sus agujas lindos dibujos, finísimos encajes, que han de servir de adorno en los cortinajes de su gabinete, ó en las guarniciones de su tocado.

Estas reflexiones nos han impulsado á dar hoy principio á esta seccion con labores de este género.

Seria ajeno de nuestro propósito el consignar aqui los primeros rudimentos de su ejecucion; pero si hemos creido necesario hacer conocer las abreviaciones de que nos serviremos para hacer menos estensas sus explicaciones.

Vuelta—v.^{ta}

Punto liso, ó al derecho—p. lis.

Punto al revés, ó de costura—p. al rev.

Trabilla—trab.

Menguado—meng.

Crecido—crec.

Sobrecargado—sobrec.

Sobrecargado doble—sobrec. d.



Esplicacion del grabado de Labores.

NÚM. 1.

Guarnicion de punto de aguja.

Se ponen en la aguja 23 puntos.

1.^a *Vuelta*.—6 ps. lis., 1 meng., 1 trab., 1 liso, 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 1 lis., 1 meng.

2.^a *Vuelta*.—Se hacen todos los puntos del revés, ó de costura.

3.^a *Vuelta*.—5 ps. lis., 1 meng., 1 trab., 5 lisos, 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 sobrecargado doble, 1 trab., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 3 lis., 1 trab., 1 lis.

4.^a *Vuelta*.—Como la segunda.

5.^a *Vuelta*.—4 ps. lis., 1 meng., 1 trab., 5 lis., 1 trab., 1 meng., 3 lis., 1 meng., 1 trab., 5 lis., 1 trab., 1 lis.

6.^a *Vuelta*.—Como la segunda.

7.^a *Vuelta*.—3 ps. lis., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 lis., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 liso, 1 meng., 1 trabilla, 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 lis., 1 trab., 1 liso, 1 meng., 1 trab., 1 lis.

8.^a *Vuelta*.—Como la segunda.

9.^a *Vuelta*.—2 ps. lis., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 3 lis., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 1 sobrec. d., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 3 lis., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 1 lis.

10 *Vuelta*.—Como la segunda.

11 *Vuelta*.—3 ps. lis., 1 trab., 1 meng., 1 liso, 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 1 lis.

12 *Vuelta*.—Como la segunda.

13 *Vuelta*.—4 ps. lis., 1 trab., 1 meng., 1 liso, 1 trab., 1 sobrec. d., 1 trab., 1 lis., 1 menguado, 1 trab., 3 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 sobrec. d., 1 trab., 2 meng., 1 trab., 1 lis.

14 *Vuelta*.—Como la segunda.

15 *Vuelta*.—5 ps. lis., 1 trab., 1 meng., 3

lisos, 1 meng., 1 trab., 5 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 2 meng., 1 trab., 1 lis.

16 *Vuelta*.—Como la segunda.

17 *Vuelta*.—6 ps. lis., 1 trab., 1 meng., 1 liso, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 lis., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 3 meng., 1 trab., 1 lis.

18 *Vuelta*.—Como la segunda.

19 *Vuelta*.—7 ps. lis., 1 trab., 1 sobrec. d., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 3 lis., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 1 sobrec. d., 1 trab., 1 meng.

20 *Vuelta*.—Como la segunda.

Se vuelve á comenzar como en la primera vuelta.

NÚM. 2.

Puntilla de punto de media.

Todos los menguados son dos puntos juntos.

Se ponen en la aguja 15 puntos.

1.^a *Vuelta*.—3 ps. lis., 1 trab., 1 meng., 1 liso, 1 trab., 1 meng., 2 trab., 1 meng., 2 lis., 2 trab., 1 meng., 1 lis.

2.^a *Vuelta*.—3 rev., 1 lis., 4 rev., 3 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis.

3.^a *Vuelta*.—3 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 2 trab., 1 meng., 3 lis., 2 trab., 1 meng., 1 lis.

4.^a *Vuelta*.—3 rev., 1 lis., 5 rev., 4 lis., 1 rev., 2 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis.

5.^a *Vuelta*.—3 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 2 trab. hácia dentro, 1 meng., 4 lis., 2 trab. hácia dentro, 1 meng., 1 lis.

6.^a *Vuelta*.—3 rev., 1 lis., 6 rev., 1 lis., 2 rev., 2 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis.

7.^a *Vuelta*.—3 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 3 lis., 2 trab. hácia dentro, 1 meng., 8 lis.

8.^a *Vuelta*.—7 meng. en un mismo punto, 2 rev., 1 lis., 5 rev., 2 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis.

Se vuelve á empezar por la primera vuelta.

DE LOS BORDADOS EN BLANCO.

Hoy que tanto se ha generalizado el bordado á la inglesa, creemos no disgustará á las señoritas que se ocupan de esta clase de labores, la siguiente esplicacion de calados, conocidos por el nombre de molinetes, ó vilanos, y que se refiere á los números 3 y 4 del grabado.

Figura núm. 4.—Este calado, el mas antiguo de todos los de este género, deberá ejecutarse en telas gruesas, con hilo de Irlanda, número 600, y sobre muselina y batista con hilo de Flandes muy fino.

Se sujeta el hilo á la orilla que forma la circunferencia del objeto; se atraviesa, promediando exactamente la mitad, y se pasa la aguja, cogiendo un poquito del borde opuesto; se desliza aquella por debajo del cordoncillo, una octava parte del diámetro, y en ese sitio se hace otra travesía igual á la anterior; se toma la misma distancia y se hace otra igual; y por último, otra que se detendrá á la mitad, á fin de reunir todos los hilos en el centro, en forma de cruz: entonces se pasa la aguja por debajo del primer hilo, sobre el segundo, bajo el tercero, y siempre del mismo modo, formando espiral. Cuando se hayan hecho así tres ó cuatro vueltas, se cruza por debajo de ellas la aguja, á fin de sujetar el hilo y colocarle en el intervalo que quedó entre el primer punto y el tercero; y de este modo se obtiene el octavo rayo de la rueda.

Figura núm. 2.—Después de asegurar el hilo á la orilla del ojete, se pasa la aguja un poco mas lejos con la punta hácia fuera, y se rodea á la aguja dos veces el hilo, sacándola con cuidado. De este modo se forma una presilla, á la que se dará un largo equivalente á la cuarta parte del diámetro del ojete: se sujetan todas en el centro, y al rededor de estas presillas, se hace un cordoncillo flojo; y para terminar se rodea la aguja al hilo, que quedó sencillo en el primer punto.

Figura núm. 3.—Se principia este calado del mismo modo que el que va marcado con el número 2, solo que se dará á cada presilla la mitad menos de altura. Después de haberlas terminado como las anteriores, se forma otro segundo orden de presillas sobre las primeras, dejándolas

mas pequeñas, y rodeando el hilo á la aguja una vez solamente. Luego, del mismo modo que en los otros, se volverá á llevar el hilo sobre el bordado.

Figura núm. 4.—Se ejecuta del mismo modo que el núm. 3, dejando las primeras presillas un poco mas largas, y las segundas mas cortas, y se borda la línea que termina la altura de las primeras presillas y el pié de las pequeñas, con un feston que en ese sitio debe hacerse con algodón de bordar muy fino.

Figura núm. 5.—Se forma al rededor del ojete una vuelta de presillas pequeñas, rodeando el hilo una vez solamente á la aguja; se hace después una presilla un poco larga, sin rodear el hilo á la aguja, saltándola por encima de las tres primeras, y enganchándola en la cuarta: se hacen de este modo seis presillas flojas, y se lleva el hilo á la mayor altura de ellas; de manera que forme un ojete en el centro de la estrella: se borran luego los hilos que la figuran con una labor muy tupida, pasando sobre un hilo, bajo el siguiente, volviendo al primero, y siempre así. Cuando los seis brazos de la estrella estén cubiertos, se hacen cinco presillas pequeñas en el centro.

Por último, el modelo que damos podrá guiar á una señora mejor que la esplicacion para este calado, que aunque un poco impertinente, es de muy buen efecto.

Figura núm. 6.—Se hacen lo primero seis presillas bastante altas en el interior del ojete, después se borda sobre cada presilla, yendo del centro á la circunferencia, procurando ensanchar esta labor en el centro, y apretarla en las estremidades. Se forman después seis presillas muy pequeñas en medio, que recogiendo en el centro, forman un ojete diminuto; y se termina cada punta de la estrella por un pequeño nudo, á fin de sujetar mejor todos los hilos del calado.

Figura núm. 7.—Se principia este calado como el señalado con el núm. 5, formando al rededor del ojete una hilera de presillas muy pequeñas. Sobre estas presillas se forman otras seis mas largas, rodeando dos veces el hilo al rededor de la aguja para cada una. En estando concluido se hace un feston en el centro con algodón de bordar, muy fino.

Figura núm. 8.—Del mismo modo que en la anterior se hace primero un orden de presillas pequeñas; sobre ellas se hacen seis grandes, sin rodear el hilo á la aguja, sino pasándola sencillamente en el primer punto, despues en el tercero, y siempre así. En lo alto de estas presillas se pasa un hilo para sujetarlas todas, de lo cual resultará un ojetito muy pequeño en el centro, y se terminará el calado haciendo un feston muy apretado sobre la línea que forma en medio el ojetete; y de este modo quedará marcada la estrella.

Figura núm. 9.—Despues de hacer el principio como para este último, se hacen seis presillas largas, rodeando dos veces el hilo á la aguja: luego se sujetan todas en el centro, y se pasan cuatro hilos sobre cada brazo, llevándolos del centro á las presillas pequeñas. El dibujo de este molinete es bastante exacto, y se debe imitar todo lo posible.

Figura núm. 10.—Ejecutada la primera vuelta de presillas pequeñas, se hacen ocho un poco mas largas, rodeando el hilo á la aguja solo una vez; se sujetan en lo alto estas presillas, y se cruza el hilo, del sitio donde esté, á engancharlo en frente, se corre un poco mas allá y se hace lo mismo, cruzando los hilos en medio para formar en el centro de la estrella un molinete como el que lleva la figura núm. 1, mucho mas en pequeño.

Figura núm. 11.—Despues de haber formado ocho largas presillas, rodeando dos veces el hilo al rededor de la aguja para cada una de ellas, se sujetan todas con un punto largo en el centro, y de este modo resultará un ojetito pequeño entre cada presilla: cada uno de estos ojetitos se debe festonear con hilo de Flandes muy fino.

Este calado, un poco difícil de hacer, es de los mas lindos en esta clase, y debe ejecutarse con algun detenimiento, si ha de salir perfecto.

Figura núm. 12.—Se hace primero una hilera de presillas pequeñas, y otra sobre ellas compuesta de siete presillas un poco mas largas. Despues, como en la anterior, se forma la línea de ojetitos pequeños á feston; y por último se coloca sobre cada ojetete una presilla pequeña.

Este calado es aun un poco mas difícil que el anterior, y tanto éste como el señalado con el número 5, y algun otro, solo deberán usarse en ciertos bordados que lleven rosas grandes, y pue-

dan ir colocados en el centro, pues de lo contrario no tendria espacio el calado, y luciria poco á causa de su mucha labor.

Todos estos molinetes deberán hacerse tambien un poco mayores que los presenta el dibujo.

LOS DIBUJOS.

(Conclusion.)

Una vez marcado en la tela el dibujo picado con puntos blancos ó negros, es preciso ocuparnos de arreglarlo, señalándolo primero con lapiz, y despues con un pincel fino mojado en una tinta á propósito.

Para que las señales de este dibujo no aparezcan despues por alguna parte entre el bordado, debe componerse la tinta con que se ha de señalar de un color análogo al de la tela, aunque mas fuerte; por ejemplo, si la tela es pajiza, la tinta puede hacerse con amarillo cron; si verde, con indigo ó añil, y así con los demas colores. Si estos son muy oscuros ó negro, puede hacerse blanca con albayalde disuelto en agua de goma.

Repetirémos que los rasgos del dibujo deben quedar limpios y bien señalados, no olvidando repasar algun pequeño perfil, que las mas veces se suele quedar olvidado. Para esto es conveniente ir soplando ligeramente el dibujo marcado en puntitos, á medida que se va señalando con tinta.

Seca ésta, y acabado de arreglar el dibujo, se cepilla la tela, si es de lana, ó bien se la frota con miga de pan, ó con goma elástica, segun la calidad de la tela; sin este cuidado se mancharia despues la seda ó el algodón al tiempo de bordarla.

Cuando los dibujos sean muy complicados, es preferible en telas delicadas hacer el dibujo por el revés, señalándolo lo bastante para que se conozca por el derecho y se pueda bordar. Facilita mucho esta operacion el ejecutarla con la tela puesta en el bastidor, porque la tirantez le da cierta transparencia, y una aspereza á propósito para el calado, y á no ser la tela demasiado fuerte, suele bastar el dibujo de lapiz: cuando no, se usa de los colores preparados convenientemente, como hemos dicho antes.

